

El estudio de la Psicología y su acción

Sobre ciertos fenómenos mórbidos del espíritu

POR CARLOS VAZ FERREIRA

Catedrático sustituto del Aula de Filosofía

I

Una concepción verdaderamente científica del determinismo exige que, en el estudio de los fenómenos de la vida mental, se tengan en cuenta, además de las condiciones orgánicas que los producen, las acciones y reacciones conscientes á que ellos dan lugar posteriormente. Si estos fenómenos son de naturaleza anormal ó patológica, la acción de la inteligencia y de la imaginación, que los alimenta y exagera, es un factor que viene á unirse á la causa orgánica de la perturbación y cuyos efectos, más ó menos considerables según los casos, merecen en todos ellos ser estudiados.

Es indiscutible la influencia de estos factores puramente psicológicos en el crecimiento y en el desarrollo de todos esos fenómenos que, considerables en su número y variadísimos en sus manifestaciones, caracterizan los diversos grados del desequilibrio mental. Desde aquellos que, como las paramnesias y los fenómenos de audición coloreada, son compatibles con una perfecta ó casi perfecta salud de espíritu, hasta las perversiones sexuales, la incapacidad de la atención y otros signos de trastornos más serios é importantes, son objeto esos fenómenos de una continua acción mental cuya naturaleza es bien conocida y que en este estudio se pondrá de manifiesto. Puede decirse, pues, que cada uno de ellos, tal y como se ofrece á nuestra vista, nos muestra, confundidos con los efectos de una alteración nerviosa primitiva que constituye su causa principal, los efectos de una serie de accio-

nes y reacciones posteriores, de naturaleza puramente mental, y que constituyen su causa secundaria.

Ahora bien: un hecho cualquiera, ó un conjunto de hechos, cuya naturaleza sea también puramente mental, al incorporarse á la vida consciente, no podrá obrar seguramente de una manera apreciable sobre la primera de las causas que hemos estudiado, esto es: sobre la causa orgánica de una perturbación psicológica; pero tendrá una acción posible y hasta necesaria sobre el conjunto de causas secundarias á que ya nos hemos referido. Puede obrar sobre ellas, exagerarlas, atenuarlas ó suprimirlas, y el conocimiento de estos nuevos efectos puede ofrecer para el psicólogo muchísimo interés.

En este caso se encuentra, me parece, el conocimiento de las leyes y de los fenómenos mentales, factor psicológico que se incorpora, en efecto, á la vida consciente, y factor el más indicado para ejercer una acción sobre la marcha de los mismos fenómenos que forman el objeto de ese conocimiento. Investigar los efectos del estudio de la *Psicología* sobre el conjunto de causas secundarias y psicológicas de las manifestaciones mórbidas ya citadas, es, por consiguiente, un estudio útil y fecundo, y, aunque de una manera breve y sumaria, yo trataré de emprenderlo en este artículo.

El método que seguiré para hacerlo consistirá ante todo en elegir, entre todas esas manifestaciones psicopáticas, algunas de las más caracterizadas y comunes; en estudiar los efectos que producen habitualmente en el espíritu; en deducir la acción posible que sobre estos efectos puede tener el estudio de la *Psicología*, y en comprobar ó aclarar finalmente estas conclusiones por algunos hechos observados. Como la moderna crítica científica ha consagrado especial atención á las proyecciones literarias y artísticas del desequilibrio mental, y como el problema es realmente importantísimo, trataré de examinar con algunos detalles esa faz de la cuestión. Una vez terminado este estudio parcial, expondré las consecuencias generales y especialmente las consecuencias prácticas á que él pueda llevarnos.

Los dos sujetos que he escogido principalmente para las comprobaciones y aclaraciones, son:

Q., joven estudiante, inteligente y laborioso, herencia nerviosa (padre normal y madre histérica). Estudió la *Psicología* á la edad de veinte años;

y D., joven de imaginación brillante, poeta, de carácter excéntrico,

probablemente hereditario (su madre sufrió ataques de locura). Amigo del anterior, sufría la sugestión de sus opiniones y sus teorías y recibió de él ciertos conocimientos, entre ellos la interpretación de varios fenómenos psicológicos, aun cuando personalmente no se dedicó á estudios serios.

II

Conviene, para empezar el examen que nos hemos propuesto, tomar desde luego aquellas perturbaciones que más comunmente se presentan y que menos se alejan del funcionamiento normal del espíritu; en uno y otro caso se encuentran los fenómenos de audición coloreada que algunos fisiologistas han podido considerar compatibles con una perfecta salud mental, por más que los estudios hechos sobre ellos no confirmen del todo esa opinión. Consisten éstos, como es bien sabido, en asociar ciertos colores á los sonidos, y puede elegirse como ejemplo de ellos el más común de todos, que consiste en asociar un color determinado al sonido de cada una de las letras vocales.

La causa orgánica de estos fenómenos, si ella existe, es hoy, á pesar de las muchas hipótesis propuestas, casi desconocida, pues ni los que la atribuyen á conexiones nerviosas entre los centros sensitivos, ni los que ven en la audición coloreada una manifestación atávica de la primitiva propiedad del protoplasma de responder á toda clase de estímulos, han podido presentar en apoyo de sus suposiciones pruebas positivas, no encontrándose más adelantada la hipótesis que refiere los hechos en cuestión á asociaciones primitivas de la infancia después olvidadas.

En cambio, los efectos que estos fenómenos producen en el espíritu mismo en que se manifiestan, son bien fáciles de observar.

Ignorando que se trata de hechos muy comunes que son objeto del estudio científico, el niño ó el adolescente que ve ó imagina de cierto color las letras, las palabras ó los sonidos, atribuye siempre á esos fenómenos un carácter importante, misterioso y *objetivo*. Ellos se hacen objeto de continuas cavilaciones y hasta de extrañas teorías, más comunes unas y otras de lo que se piensa, y que los padres sabrían descubrir muy á menudo si no estuviera tan extendida la actual é injustificable ignorancia de la pedagogía psicológica. Pero lo que sobre todo nos interesa, es lo que podremos

llamar la objetivación de esos fenómenos. El joven que, ignorante de la psicología y de sus leyes, experimenta fenómenos de audición coloreada, no atribuye á esos fenómenos un carácter personal, ni los refiere á peculiaridades de su sistema nervioso; él cree, y cree firmemente, que las palabras *tienen* colores; que los sonidos *tienen* colores; que hay en todo esto, en una palabra, propiedades de las cosas, hechos exteriores y objetivos. Recorra su memoria cualquier persona en que se hayan manifestado estos fenómenos, y encontrará con toda seguridad que fué muy semejante el efecto que produjeron en su espíritu antes de que éste aprendiera á interpretarlos.

De aquí se siguen resultados muy curiosos: no sólo el joven se tortura la imaginación en continuas y extrañas suposiciones sobre la naturaleza de ese fenómeno, para él misterioso é importantísimo, sino que, hablando de él con otras personas, se encuentra con que éstas no son capaces de *ver los colores de las palabras*, y hasta, muchas veces, con que sus explicaciones, á que él da, por otra parte, generalmente, un tono presuntuoso y dogmático, son objeto de burla. De aquí nace infaliblemente la vanidad, la conciencia de la propia superioridad, y muchos observadores superficiales se sorprenderían si pudieran ver en qué grado entran causas análogas á ésta en el desprecio con que hablan tan á menudo los jóvenes de los que llaman *hombres serios y sensatos*. Éstos son, lógicamente, para ellos, personas incapaces de percibir cosas que ellos perciben y de comprender lo que ellos comprenden. Algunas veces el joven encuentra entre sus amigos alguno que experimente fenómenos parecidos, y del cambio de teorías, de opiniones y de juicios despreciativos sobre la imbecilidad de los hombres, resulta simplemente una multiplicación de los efectos indicados.

Sin embargo, nos falta ver otro, y de gran importancia. Hasta ahora las proyecciones del hecho que estudiamos son puramente personales é internas, y no han modificado sino el carácter del individuo; pero, por poco intensas que ellas sean, tienen siempre una tendencia á exteriorizarse y á alcanzar á la sociedad: si el joven es inteligente y ha recibido alguna cultura, experimentará la necesidad de escribir libros; dado su temperamento, será probablemente un literato. Pues bien: el que quiera darse cuenta de la parte que puede tomar uno solo de estos fenómenos, precisamente el mismo que nos ocupa, en el nacimiento de una literatura patológica y propagadora de psicopatías, que busque un momento

en las obras del actual decadentismo francés. ¿Qué son, como tan bien lo han visto Max Nordau y muchos otros críticos, todos los sonetos sobre colores de las palabras, todos los desvaríos evolutivo-instrumentistas y aún los procedimientos descriptivos de ciertos escritores, sino productos de la ignorancia de los literatos, que han tomado como reales y objetivas relaciones y asociaciones que sólo estaban en su espíritu, y que les han dado una importancia misteriosa por no saber que su estudio es uno de los objetos más corrientes y comunes de las ciencias psicológicas?

Estamos ya suficientemente preparados para comprender las consecuencias á que dará lugar el estudio de la Psicología al intervenir como factor en un momento cualquiera del proceso indicado. Si los efectos de fenómenos tales como los que estudiamos resultan: 1.º, de que el sujeto, ignorando que responden á causas puramente personales, los objetiva y les asigna realidad exterior; 2.º, de que el sujeto, ignorando que son perfectamente conocidos por la ciencia y relativamente comunes, les asigna un carácter particularmente importante y misterioso; 3.º, de que las tentativas de explicar é interpretar esos hechos exaltan la imaginación de una manera anormal, contribuyendo á aumentar el desequilibrio primitivo ó á producirlo si no existía; 4.º, de que la circunstancia de ser el sujeto el único en percibir esos fenómenos, tiende á producir ó á aumentar también en él la vanidad á que son tan propensos los degenerados superiores, y, 5.º, de que cierto grado de cultura é inteligencia exteriorizará y propagará, por intermedio de la literatura, los efectos de todos los peligros señalados, es claro que el estudio de la Psicología, que hace precisamente que el sujeto se penetre de la idea de que esos fenómenos son puramente personales é internos, y que les quita, al explicarlos, su carácter misterioso, ha de obrar de una manera benéfica, suprimiendo la acción sugestiva de la imaginación con todas las otras consecuencias estudiadas, suprimiendo el mal ó atenuándolo por lo menos, y en todo caso aislándolo en el individuo é impidiendo su propagación por la literatura morbosa que lo trasmite.

Citaré ahora algunos hechos, útiles únicamente á título de ejemplos, porque la tesis anterior es ya evidente en demasía.

Los dos sujetos que he elegido para estas aclaraciones poseían en su adolescencia la audición coloreada: Q., de una manera bastante marcada; D., con caracteres mucho más vagos. Este último no había dado importancia al fenómeno hasta que se lo hizo notar

el primero, que se alegró mucho al encontrar una persona capaz de comprender lo que él llamaba *los colores de las palabras*. Ambos hablaban muy á menudo del fenómeno, que, por sugestión ó por otra causa cualquiera, empezó á tener desde entonces para D. caracteres más definidos. Es de notar que *los colores de las palabras* constituyeron por algún tiempo para los dos una especie de criterio de la inteligencia de las personas con quienes trataban.

Cuando Q. leyó *Los Espectros*, primera obra de Ibsen que conoció, las frases en que Oswaldo dice á su madre que las palabras *reblandecimiento cerebral* le hacen pensar en *telas de un matiz rojo-cereza*, produjeron en él un entusiasmo que entró en mucho en la admiración que desde entonces sintió por la obra y que compartió después su amigo D.

Entretanto este último, que escribía continuamente poesías y cuentos, empezaba á dar un lugar preferente en ellos á *los colores de las palabras*. Como ejemplo citaré el argumento de un solo cuento, escrito al principio en prosa y puesto en verso después. Hay que tener en cuenta que para D. y Q. las mismas vocales presentaban colores distintos, con excepción de la *i*, cuyo color amarillo intenso les parecía, quizá á causa de esa misma coincidencia, mucho más caracterizado y definido.

El protagonista del cuento á que me refero, experimentaba sensaciones extrañas ó inexplicables para él cuando pensaba en la joven de que estaba enamorado ó cuando se hallaba en su presencia. Llamábase esta joven *Mauricia*, nombre "amarillísimo", y era este nombre el que venía á dar al fin la explicación del misterio: el protagonista había tenido en otro tiempo un caballo amarillo, al que había querido mucho, y las sensaciones que ahora experimentaba, "*sensaciones de caballo*", eran producidas simplemente por esta analogía de colores.

Fué más ó menos por aquel tiempo cuando Q., al profundizar un poco sus estudios psicológicos, se enteró de que *los colores de las palabras* eran algo muy común y conocido, cuya explicación debía hallarse sencillamente en peculiaridades personales de la estructura nerviosa. D. lo supo también muy pronto. Uno y otro cesaron desde entonces de dar al fenómeno la misteriosa importancia de antes y, por consiguiente, de reforzarlo por la atención continua y por la sugestión.

El estudio de la Psicología tuvo en este caso dos efectos importantes:

1.º Él fué causa, sino total, parcial al menos, de que los fenómenos de audición coloreada dejaran poco á poco de manifestarse para Q. hasta desaparecer casi por completo.

2.º Al impedir á D. que continuara escribiendo en el mismo sentido, y al ayudarlo más adelante á formarse un juicio exacto de ciertas tendencias de la literatura decadente que tanta importancia dan á los fenómenos de esta clase, sirvió de obstáculo al aumento y al desarrollo de una literatura mórbida peligrosísima y funesta para la salud moral é intelectual.

III

Examinemos ahora nuevos fenómenos y estudiemos, después de los anteriores, los infinitamente más graves que constituyen las diversas perturbaciones de la sexualidad. Escojamos entre ellas una cualquiera, la llamada *fetichismo*, por ejemplo, y examinemos cuáles serán sus efectos sobre la inteligencia, cómo reaccionarán estos efectos sobre su causa para exagerarla y aumentarla, y cómo puede obrar, finalmente, sobre este conjunto de causas secundarias, el estudio de la Psicología.

Una persona observa que la vista ó la idea de una parte del cuerpo determinada, sea la mano, el pie, la cabellera, excita en alto grado su sexualidad entera. Como ignora que se trata de una simple observación de su espíritu, condicionada por una anomalía nerviosa y de carácter puramente personal, esos fenómenos no son para él las relaciones que existen entre su sexualidad y esa parte del cuerpo, sino las relaciones que existen entre ésta y la sexualidad. Así se empieza por objetivar el fenómeno. Además, éste se presenta con caracteres misteriosos, extraños; los demás hombres no lo experimentan, y ya sabemos con qué facilidad ven en esto los desequilibrados de espíritu el signo de una superioridad personal. En dos palabras: como en el caso de la audición coloreada, los efectos del fetichismo se derivan de que el fenómeno se presenta á la vez con un carácter importante y misterioso y con un carácter objetivo, y la analogía de los dos casos se hace absolutamente completa si se piensa en que, si el fetichista es un literato, su aberración constituirá casi seguramente la levadura malsana de sus obras. Y nótese que la mayor parte de las aberraciones sexuales hubieran podido, tan bien como el fetichismo, servirnos de

ejemplo: el masochista que ignore la explicación de su mal, no hablará de la anomalía que lo impulsa, ante el otro sexo, á la sumisión y á la humillación, sino del poder soberano y absoluto de la mujer, y, si es literato, la idea de ese poder formará el fondo de sus obras, más ó menos envuelta en concepciones místicas ó lujuriosas. El intervertido se creará también un tipo superior, y sus sentimientos antinaturales irán también, desde sus obras literarias, á inficionar las sociedades. Ejemplos de todo esto no son tampoco difíciles de hallar en la literatura de nuestros días.

¿Hasta qué punto podrá obrar el conocimiento de la Psicología mórbida, que nos enseña la causa de esos males, al intervenir en ese proceso psicológico que tantas veces hemos descrito? Si se reflexiona en que, respondiendo toda perturbación á una causa orgánica fundamental y á un conjunto de causas psicológicas secundarias, la importancia de estos dos órdenes de causas debe hallarse aproximadamente en razón inversa, y si se tiene en cuenta que en las aberraciones sexuales la causa orgánica ha de ser ya de carácter más grave y más francamente patológico, puede deducirse que la acción de un factor puramente intelectual será ya menos eficaz; pero, cierta ó no, esta conclusión sólo establece entre este caso y el de los fenómenos antes estudiados una simple diferencia de grado: si uno de los efectos de las aberraciones sexuales consiste en que el que las posee las objetiva y generaliza, el estudio de la Psicología, que enseña su verdadera causa, debe impedir este efecto y detener aquí el proceso de acciones y reacciones secundarias; si el carácter misterioso con que esas aberraciones se presentan, produciendo una acción continua de la inteligencia, de la imaginación y de la atención, tiende á exagerar sus efectos funestos, un conocimiento claro y preciso del fenómeno debe tender á aminorarlos; y si el estudio de la Psicología despoja á esos fenómenos de su carácter misterioso, trascendente y objetivo, debe constituir forzosamente un obstáculo poderosísimo á la *propagación literaria* del mal. La observación nos va á aclarar en seguida estas conclusiones.

Una de las aberraciones sexuales de que acabamos de hablar, el fetichismo, se manifestó en Q. desde su infancia, sin que él recuerde, para explicarla, la producción de unas de esas asociaciones á que la atribuyen algunos escritores. No tuvo nunca una forma dominante, pero llegó á ser, sin embargo, bastante caracterizada. La parte del cuerpo que le servía de objeto era el pie; caso muy común, como es sabido.

Ya en sus primeros años vemos producirse en su espíritu uno de los efectos que hemos indicado: Q. se complace en evocar la imagen de los pies y en mezclarlos á todas sus fantasías, y esto se acentúa más adelante, cuando aquéllas han tomado un carácter francamente sexual.

Unos años después empieza ya á tratar de explicar el fenómeno; pero éste no es para él algo personal, sino la manifestación de algo misterioso y extraño: de la relación *que existe* entre la *sexualidad* y los *pies*. La atención continua que presta á la anomalía que sirve de tema á muchos de sus pensamientos la fija más, la exagera y va definiendo sus caracteres.

Poco más adelante sus primeras tentativas de escribir artículos y obras nos muestran la importancia que él atribuye al hecho. En muchos papeles de esa época, que Q. conserva, todo lo que se refiere á él aparece subrayado, escrito en forma misteriosa: se le llama *lo de los pies*. He aquí el primer párrafo de un artículo en que se proponía Q. llamar la atención sobre el fenómeno:

“Es algo muy interesante, tal vez para los filósofos, acaso para los médicos, quizá para los. . . . Un espíritu vulgar lo olvidaría probablemente ó no le daría mayor importancia; pero yo no soy un espíritu vulgar. Y es tal vez para demostrarlo que una malsana. . . . me incita desde hace mucho tiempo á dar á conocer un problema muy pueril y muy extraño á los fisiologistas que no sean tampoco espíritus vulgares. Juro que es verdad cuanto voy á narrar.”

Y en el párrafo siguiente dice, refiriéndose á su niñez: “De entre los mil recuerdos que encuentra mi mente cuando se revuelve. . . . tengo muy presente uno que parece ligado á *el hecho* con relaciones. . . .” etc.

Ruego al lector que consagre especial atención á estos dos párrafos. En ellos se manifiesta claramente que lo que hemos llamado objetivación va ya desapareciendo (Q. tenía 19 años), pues el autor reconoce que el caso interesará á los fisiólogos y á los médicos, lo cual es un resultado de los conocimientos vagos que Q. empezaba ya á tener por aquella época en lo referente á esa clase de hechos. Pero lo que interesa ver es el carácter de misteriosa importancia que se atribuye al fenómeno: él es á la vez *muy pueril* y *muy extraño*; los fisiologistas que lo estudien no han de ser espíritus vulgares, y tal es la importancia de *el hecho*, que el autor halla necesario jurar que es verdadero todo cuanto va á narrar sobre él. En los giros de frase, en las mismas subrayaciones, se

ve la imitación rebuscada de las introducciones misteriosas y sugestivas de los cuentos de Edgard Poe. Reflexiónese en los efectos que necesariamente deberán seguirse de esta actitud de la imaginación, de la atención continua y de la sugestión producida por la descripción literaria del fenómeno, causas todas ellas las más á propósito para producir la exageración mórbida de la psicopatía.

El artículo no llegó á escribirse; pero en cambio proyectó Q. una extensa novela ó *estudio*, en que la aberración fetichista debía tener el principal papel. Su argumento consistía sencillamente en el análisis de las diversas fases de una amistad entre dos jóvenes; pero á este análisis de sentimientos reales, experimentados en sus primeros años de estudiante, había unido Q. una concepción simbólica francamente patológica: la amistad de Q. por su compañero, de menos edad que él, había tenido un carácter paternal y tierno, simbolizado por los pies delicados de su amigo en la infancia; pero más adelante, al hacerse éste mayor, sus pies habían tomado un carácter grosero, *un carácter viril*, y entonces la amistad había dejado de ser posible en aquella forma. En realidad Q. había visto en dos ocasiones los pies de su amigo; pero todo lo demás, todo lo referente á las misteriosas y simbólicas relaciones, fué para él, simple producto de una sugestión mórbida. Llama la atención una de las notas del proyecto de novela, en que se propone emplear en ella esta frase, que aparece subrayada: *lo desconocido de los pies*.

Ahora bien: Q. empezó sus estudios psicológicos más ó menos por la época en que planeaba su novela, y la coincidencia hace esta observación particularmente interesante porque nos permite seguir paso á paso la influencia de ese nuevo factor. Nótese que la brevedad nos ha llevado á tomar la palabra psicología en un sentido latísimo, y que comprendemos en su estudio el de todos los fenómenos mórbidos semejantes al que nos ocupa.

La primera obra referente á las psicopatías sexuales que conoció Q., lo llevó á buscar en otras la descripción y la explicación de su anomalía, y pronto estuvo enterado de que *lo desconocido de los pies* era un fenómeno común y vulgar, conocido y estudiado por todos los hombres de ciencia como la simple manifestación de peculiaridades patológicas puramente personales. Es curioso seguir entonces las diversas transformaciones por que pasa su proyecto. Al principio se propone sencillamente llevarlo á cabo como antes, despoján-

dolo solamente de su forma misteriosa para darlo como un estudio psicológico capaz de servir á la ciencia; pero su inteligencia y su conciencia se resisten á unir con los hechos reales referentes á la amistad los productos de lo que él mismo conoce ya como sugestión, y acaba por suprimir todo lo concerniente á los pies. Por una especie de inercia persiste todavía en el proyecto de hacer un libro con la historia simple de una amistad; pero acaba por abandonarlo, convencido de que los detalles de esa amistad son simples hechos banales y sin interés.

La acción continua de la imaginación y de la atención cesó desde que Q. comprendió todas las manifestaciones de su aberración, y él mismo encontró en este conocimiento la base de una especie de tratamiento psicológico por la voluntad y por las distracciones. Dos ó tres años después, las manifestaciones fetichistas habían desaparecido en Q. de una manera casi completa.

IV

Vamos á fijarnos ahora en hechos de un nuevo orden: en los fenómenos múltiples y variados por que se manifiesta en diversos grados la vaguedad de la asociación de las ideas, los cuales, á pesar de su carácter obscuro y poco definido, ofrecen un hermoso ejemplo á nuestra tesis.

Es difícil dar una idea completa de estos fenómenos cuando la brevedad obliga á presentar pocos ejemplos, sobre todo si se tiene en cuenta que, desde la incoherencia del maníaco hasta la incapacidad de atención ó la vaguedad de asociaciones producidas accidentalmente por la fatiga en el hombre normal, nos los muestra la observación en todos los grados posibles. Sin embargo, y á pesar de esta variedad, puede afirmarse que las consecuencias á que nos lleva su examen son idénticas á las que resultan del estudio de los fenómenos anteriores. No cansaré al lector, para deducir estas consecuencias, con la repetición de demostraciones conocidas, limitándome á decir que, en casi todos los casos de vaguedad de asociación, el que la experimenta no cree, si es ignorante de las leyes de la Psicología, que se trate de fenómenos puramente personales, ni mucho menos comunes y naturales, sino que está propenso á ver en ellos manifestaciones de hechos objetivos y misteriosos ó, por lo menos, de concepciones profundas y tras-

cendentales. Mejor que todo razonamiento esclarecerán esta propensión varios ejemplos.

Ya han puesto de manifiesto muchos escritores modernos (1) que la asociación de ideas abandonada á los vínculos extrínsecos ó accidentales, libre del control de la atención y de la lógica y tal como se manifiesta en el estado que llaman los franceses *fuite d'idées*, produce muchas veces en el hombre en quien ese estado es habitual, la ilusión de que descubre entre las cosas relaciones ocultas y secretas, y es precisamente en estos fenómenos donde se ha visto con sobrada razón el origen de la tendencia llamada misticismo. Esto sólo bastaría para enseñarnos que las *relaciones de las ideas*, y á veces las más incoherentes y absurdas, se convierten, para el que ignora las leyes psicológicas, en *relaciones de las cosas*, esto es: que, como los fenómenos anteriores, el fenómeno de la vaguedad de las asociaciones se objetiva. Vemos también, sin salir de los mismos hechos, hasta qué punto se hacen esas relaciones misteriosas y oscuras, y vemos además la influencia de todo esto en la moderna literatura decadente, documento indiscutible que atestigua el estado cerebral de tantos escritores contemporáneos. A pesar del alcance de esta demostración, tomemos, sin embargo, casos especiales.

Aún el hombre de espíritu más equilibrado descubre á cada momento, asociadas á una idea, á una palabra, á un sonido, etc., sensaciones extrañas, formas especiales, ideas que ninguna relación parece poder explicar. Exagérese un poco este fenómeno, para obtenerlo tal como se manifiesta tan comunmente en los degenerados superiores, y se comprenderá, si se recuerdan las anteriores demostraciones, cómo y por qué el espíritu exterioriza esos fenómenos y amplifica su importancia; cómo y por qué, en los casos de *personificación*, de la simple asociación de ciertos números, días de la semana, etc., con imágenes de individuos de carácter y forma determinados, puede resultar una tendencia mística á atribuir influencias misteriosas y reales al día ó al número representado; cómo y por qué el que encuentra *que las lechugas son impares y los macarrones pares* (2), se verá impulsado á ver en este resultado de una asociación incoherente y absurda, la manifestación de una cualidad oculta de *las cosas*, especialmente secreta é importante.

(1) Véase especialmente Max Nordau, en su obra *Degeneración*.

(2) Caso citado por Flournoy.

El plan de otra obra proyectada por Q. va á aclararnos todo esto.

Debía llamarse esta obra *Puntas de Intelligencia* y componerse de una serie de observaciones, teorías y problemas á que daba su autor gran importancia. Entre las primeras, además de las referentes á las relaciones de la sexualidad y los pies, de otras sobre la relación que *existe entre el aseo y la sexualidad*, y que hay que interpretar exactamente como las anteriores, figuran otras, de las que elijo una muy característica: Consistía en hacer notar que llamar á una mujer *La Marcagní*, sugería la idea de una mujer soplando y en cierta posición determinada que Q. no recuerda ya bien.

Es importantísima esta observación en medio de su aparente puerilidad. Por alguna asociación de ideas puramente accidental, unía el sujeto una imagen de forma humana á una palabra, lo que constituye un aspecto del fenómeno llamado por la Psicología moderna personificación; pero para él no era ese un fenómeno interno: existía entre la imagen y la palabra una relación oculta y real, y Q. debía creerlo forzosamente, puesto que se decidía á hacerlo notar al público en un libro. Nótese aquí el proceso de objetivación y todos los demás á que tanta importancia hemos dado, y obsérvese también, si alguien se sintiera tentado á tratar de fútil este pequeño hecho, que él, unido á otros muchos analogos, llevaba hasta á escribir un libro absurdo á un joven por otra parte inteligente é ilustrado. Téngase en cuenta, finalmente, que entre la obra proyectada por Q. y muchísimas obras de la actual literatura decadente, no hay sino una pequeñísima diferencia: en la primera, su autor mismo pretende hacer notar expresamente como externas ciertas relaciones que son puramente internas y personales; en las últimas, el autor se limita á escribir inconscientemente, dejándose llevar por esas asociaciones que, al sustituir y suprimir á las lógicas y reales, deben convertir por fuerza la obra en un verdadero enigma, absolutamente indescifrable para los lectores, en que las asociaciones personales del autor nunca se produjeron.

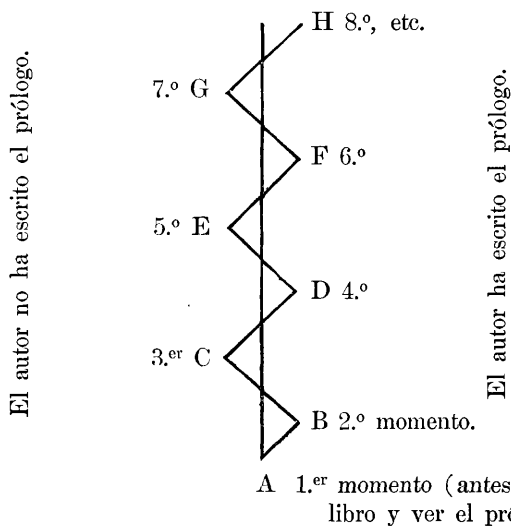
Veamos ahora, como ejemplo de las teorías que el libro debía sostener, la que Q. exponía en el prólogo. Me ha parecido tan á propósito para explicar y comprobar mi tesis, que pido perdón al lector por cansar todavía su atención con los detalles en que voy á entrar en los párrafos siguientes.

Un libro de poesías había aparecido, llevando á su frente un prólogo laudatorio bastante mal escrito, firmado con un seudónimo.

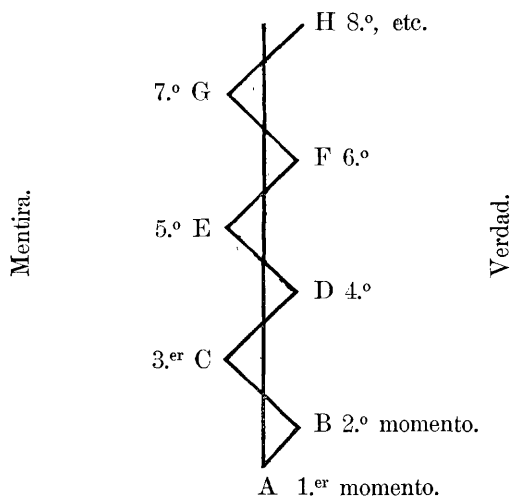
Q. se preguntaba si el autor de esos elogios no podría ser el mismo de la obra, y suponía, discutiendo el problema, á varias personas que iban tomando la palabra por orden creciente de inteligencia.—Es imposible, decía el primero, que el mismo autor se haya escrito sus elogios, pues él escribe bien y el prólogo está pésimamente escrito.—Podría haberlo escrito así de intento para alejar las sospechas, respondía un segundo interlocutor algo más perspicaz.—De ningún modo, decía un tercero, pues habría previsto perfectamente que se descubriría el engaño razonando como lo ha hecho usted.—Nada más erróneo, hacía observar el cuarto, de inteligencia aun más penetrante; lo que el autor pudo perfectamente prever es que el argumento que acaba de hacerse convencería á todo el mundo de que no era él mismo el autor del prólogo. Y la discusión se prolongaba así de esta manera hasta el infinito, oponiendo cada nuevo interlocutor, más sagaz que los que le habían precedido, un argumento semejante á los citados.

“Supongamos ahora, seguía diciendo Q., que, en vez de tratarse de varias personas que, sucesivamente y por orden de inteligencias, van tomando la palabra sobre la verosimilitud de la hipótesis en cuestión, existe una sola que se va haciendo sobre el asunto, una tras otra, las reflexiones consabidas. (Aquí una nueva enumeración de estas reflexiones.) Esa persona seguirá razonando hasta que, después de algún tiempo más ó menos largo, según sus condiciones intelectuales, se perderá, se confundirá, é, impotente para decidir por medio del razonamiento, decidirá por otro medio cualquiera ó no decidirá. Pero del hecho de que esa persona se pierda no se deduce que no pueda pensarse más allá, puesto que si, en vez de la que nos ha servido para nuestra hipótesis, tomamos otra de más potencia intelectual, podrá ella hacer aún más reflexiones de la misma especie, y, si suponemos que quien las hace está dotado, no de la sabiduría suprema, que no es aquí necesaria (ni siquiera una inteligencia poco común), sino de una *seguridad* tal que le permitiera continuar siempre, siempre, hasta el infinito, tendríamos que....”. En el borrador de Q. falta el resto de este párrafo.

En seguida propone simbolizar todo esto con la siguiente figura,



por la cual quiere indicar que en la solución de este problema se pasará sucesivamente de una á otra opinión sin llegarse nunca á una solución satisfactoria. En seguida añade: "También es fácil comprender que la anterior figura puede sustituirse por esta otra:



y que, bajo esta forma, podrá extenderse y generalizarse su símbolo á todos los casos que se encuentren en las mismas condiciones.”

De esta última figura deduce Q., por fin, una serie de conclusiones tendentes á probar que la mentira y la verdad no existen en realidad, puesto que la posición de nuestro espíritu en la discusión de una cuestión cualquiera dependerá únicamente del número de grados que pueda avanzar en una contradicción alternativa. Deduce también que, para el que estuviera dotado de una “seguridad de razonamiento” absoluta, las cosas no se manifestarían como verdaderas ni falsas, y otras muchas consecuencias de idéntico orden.

La concepción de toda esta teoría arrancaba del estado producido en el espíritu de su autor por la confusión que sobrevenía cuando, después de varios razonamientos contradictorios de los que hemos citado, se perdía su inteligencia en una vaguedad que le impedía seguir más adelante; esto es: por su estado de *confusión mental*, de *debilidad de la atención*, de *vaguedad de la asociación*, exactamente uno de los estados que ahora estudio, aun cuando en este caso particular no ofrece éste precisamente un carácter patológico.

Como argumento en favor del escepticismo, toda esta teoría no tiene nada de original ni de interesante; pero me parece grande su importancia como documento psicológico.

Podemos considerar en ella una primera parte que es solamente la exposición complicada y rebuscada de un hecho vulgar: es, en efecto, perfectamente cierto que en muchísimos casos, por falta de datos ó de comprobaciones de cualquier naturaleza, pueden presentarse dos ó más hipótesis al espíritu sin que éste pueda decidir por el razonamiento entre esas suposiciones más ó menos probables, y lo único que podemos notar hasta aquí es la tendencia del autor, tan común en los casos de vaguedad de asociación, á explicar de una manera misteriosa y oscura hechos tan naturales y familiares como el que nos ocupa, representado por la primera de las dos figuras *simbólicas*.

Pero en la sustitución de esta figura por la segunda podrá ver el lector, si ha comprendido bien el sentido de esas figuras y el de las frases con que su autor pretende explicarlas, la manifestación más notable de un proceso que hemos seguido tantas veces. ¿Qué indica la primera figura, interpretada en términos claros y accesibles? Que, en ciertos casos, *la creencia y la no creencia* dependen tan sólo del grado de inteligencia del sujeto. ¿Qué indica la segunda, por qué se pretende sustituir aquélla? Que *la verdad y la*

mentira dependen tan sólo del grado de inteligencia y perspicacia. La primera se refiere á hechos puramente internos y subjetivos (creencia, no-creencia); la segunda, á datos reales y exteriores (verdad y mentira en el sentido objetivo, esto es: existencia y no existencia). Sustituir, pues, la primera por la segunda, es exteriorizar, *objetivar* estados de conciencia y opiniones internas, y todas las conclusiones escépticas que se ofrecen después al espíritu del sujeto son simples consecuencias de ese proceso de objetivación y constituyen sus proyecciones ulteriores.

Considero inútil proseguir. Los ejemplos y los razonamientos, partiendo de los hechos más diversos, nos traen invariablemente á la misma consecuencia: los efectos psicológicos de los fenómenos que estudiamos consisten en una tendencia á atribuirles una gran importancia y á exteriorizarlos; á ver relaciones ocultas y misteriosas del mundo exterior en las manifestaciones de un fenómeno puramente interno. Pero si todo esto es evidente, lo serán también los efectos necesarios del conocimiento de las leyes de la asociación, de la acción de la atención espontánea y voluntaria, y, en general, de todos los datos psicológicos que pueden servir de base á una interpretación racional, científica y adecuada de todos aquellos fenómenos. La posesión de esos datos hace comprender al sujeto que los fenómenos en cuestión están en su propio espíritu y no afuera; quita á sus manifestaciones, en cuanto sea posible, todo tinte místico y trascendente; los priva del alimento continuo que la sugestión y la atención les suministran, é impiden, finalmente, lo que hemos llamado su propagación literaria. Son exactamente los efectos tantas veces constatados.

En el caso que he elegido como ilustración de mi doctrina, estos efectos se produjeron en su totalidad. Un conocimiento no muy profundo de las leyes funcionales del espíritu fué ya bastante para hacer comprender á Q. la significación de todos los hechos citados y para hacerle apreciar en su verdadero valor las que había creído ideas originales y profundas.

V

Podría, si fuera necesario, seguir estudiando aún nuevos fenómenos; podría detallar, por ejemplo, un caso en que la repetición frecuente de las manifestaciones de la *Paramnesia* llevó á

un joven á creer que el tiempo podía retroceder y detenerse, y á elaborar una teoría extravagante sobre el tiempo (entidad externa), extraída de un fenómeno puramente interno y personal; podría citar otro caso no menos curioso en que, por no saber interpretar científicamente las incoherencias de las representaciones de los sueños, llegó á imaginarse el sujeto la posibilidad de que existieran á un tiempo varias lógicas, de las cuales rechazaba la una lo que las otras admitían y de las cuales ninguna era más verdadera que las otras; pero sólo lograría fatigar con esto al lector. Disponemos ya de tantas pruebas que aun el generalizar las demostraciones especiales que hasta aquí se han hecho podrá tal vez parecer inoficioso. Voy, pues, á condensar brevemente la idea capital de este artículo en las siguientes proposiciones:

Muchos fenómenos mentales de índole muy diversa y que poseen un carácter mórbido ó son capaces de adquirirlo, se presentan al espíritu como manifestaciones de relaciones ó hechos misteriosos é importantísimos. El estudio de la Psicología, que los explica é interpreta, suprime esta ilusión.

Otro carácter común de todos esos fenómenos reside en su tendencia á objetivarse, porque el espíritu se siente inclinado á ver en ellos manifestaciones de relaciones ó hechos exteriores y no peculiaridades personales. El estudio de la Psicología enseña su verdadero significado y hace cesar esta ilusión como la anterior.

De esas dos ilusiones resultan nuevos efectos: una acción continua de la imaginación y de la atención que exagera toda manifestación psicopática; la creencia en la propia superioridad, etc. Estos efectos tiende á suprimirlos también el estudio de la Psicología.

Finalmente, de todas las causas anteriores depende en mucho la producción de una literatura patológica. El conocimiento de la Psicología es un obstáculo al nacimiento y á la propagación de una literatura semejante.

Por consiguiente, *el estudio de la Psicología tiende:*

1. *En el individuo, á suprimir toda acción secundaria que pueda alimentar ó acrecer el mal, y á aislar á éste en su causa orgánica ó primitiva.*
2. *En la sociedad, á impedir que el mal se exteriorice y se propague, y á aislarlo, por consiguiente, en sus causas individuales.*

VI

Quédannos por estudiar las consecuencias prácticas que de las dos proposiciones anteriores se derivan. Como los efectos del estudio de la Psicología se producen en el individuo y en las sociedades, se desprende de aquí que habrá consecuencias individuales y consecuencias sociales, y es en este orden que voy á examinarlas. Veamos en qué consisten las primeras en su faz más importante.

Supongamos un niño nervioso, ó de temperamento enfermizo, ó excéntrico, ó amigo de la soledad y habitualmente pensativo: casi sin temor de equivocarse puede afirmarse que en el espíritu de ese niño se manifiestan algunos fenómenos semejantes á los que hemos estudiado. Quizá experimenta Paramnesias, ese fenómeno tan común en la infancia y que muchos consideran como normal; quizá posee la audición coloreada, botismos, esquemas visuales, etc.; quizá su trastorno es más grave y la debilidad de la atención ó la vaguedad de las asociaciones dejan libre de control á la imaginación disponiéndola á una exageración mórbida; quizá también su sexualidad no despierta sana y normal, sino pervertida por alguna naciente aberración. En todos estos casos es de temer el proceso que hemos analizado y debe procurarse impedirlo ó detenerlo.

El padre que conozca bien el carácter de su hijo y que merezca su confianza, ó cualquier otra persona que se halle en esas condiciones, puede tratar, con muchas probabilidades de éxito, de investigar la existencia de esos fenómenos mórbidos. La manera de hacerlo dependerá en cada caso particular del carácter del niño y de mil circunstancias especiales; pero de cualquier modo debe tratarse de hablar al niño de esos fenómenos mórbidos, procurando dar á las preguntas, alusiones, etc., la mayor naturalidad que sea posible, y hasta ensayando ya una explicación rudimentaria en los casos que lo permitan. Hacer comprender al niño que se trata simplemente de peculiaridades puramente personales, no ofrece gran dificultad; como tampoco enseñarle que se trata de fenómenos comunes, vulgares, *conocidos*. Hay que notar que estas explicaciones rudimentarias forman parte ya del *estudio de la Psicología*, en la acepción vasta en que yo lo he tomado, pues sólo difieren en grado

y no en esencia del conocimiento posterior científico y completo.

Llegado á la edad en que le sea posible comprenderla, debe el niño que se encuentre en esas condiciones penetrar en la explicación de los fenómenos del espíritu, estudiar la Psicología, y continuar haciéndolo hasta poseerla suficientemente. Esto le es más necesario que á nadie: su instrumento mental es anormal, lo expone á engaños, errores y peligros, y debe aprender á servirse de él y á conocerlo. De esta especie de tratamiento psicológico no existen, como es natural, experiencias metódicas; pero nada puede esperarse con más seguridad que sus efectos benéficos, teniendo en cuenta los que se producen en los casos incompletos y vagos que ofrece á nuestra observación la vida diaria.

Veamos ahora las consecuencias sociales. Tienen sobre todo proyecciones estéticas, más importantes que nunca en la época actual.

Los filósofos y críticos que, con tanta erudición científica como precisión de juicio, han puesto de manifiesto el carácter profundamente psicopático de toda una tendencia artística contemporánea, han acabado por preguntarse cuál será el destino futuro de esa tendencia y cuáles serán los remedios más adecuados para conjurar sus peligros. Lejos estoy de desdenar las soluciones que han ofrecido; pero hay todavía una consideración importantísima que debe completarlas.

La materia prima sobre la cual trabaja ese género de literatura decadente, simbolista ó como quiera llamársele, no es otra que el conjunto de fenómenos psicopáticos que hemos pasado en revista en este estudio. Asociaciones vagas, audición coloreada, aberraciones sexuales, etc.: he aquí los elementos que la constituyen. Pues bien: hay que tener en cuenta que la mayor parte de estos fenómenos no han sido objeto de un estudio serio sino en nuestros días, y que el conocimiento de los que no están en este caso ha estado por lo menos limitado hasta hoy en gran parte á los hombres de ciencia. En medio de esta general ignorancia pudieron producirse muchos hechos que quizá dentro de poco no serán posibles. Un desequilibrado que poseía la audición coloreada pudo escribir un soneto semi-profético sobre los colores de las cinco vocales y encontrar un séquito de desequilibrados ignorantes de la Psicología que tomaran en serio sus absurdas teorías; pero cuando las investigaciones, los cuestionarios y los tratados hayan hecho vulgar y perfectamente conocido el fenómeno, esto no podrá ya suceder.

Los delirios erótico-místicos de unos cuantos degenerados superiores han podido entusiasmar y sugestionar á un público de lectores incapaces de comprender su verdadera naturaleza; pero cuando se generalice el conocimiento de tales psicopatías no serán ya posibles esa sugestión y ese entusiasmo. Mi pensamiento es, en resumen, que la aparición de una literatura semejante ha sido favorecida por un momento social propicio, pero que las condiciones van pronto á cambiar y cambian ya. La eclosión de una gran cantidad de aberraciones y desequilibrios en el seno de una sociedad *surmenée* ha producido al mismo tiempo las consecuencias patológicas inherentes á esos fenómenos y el estudio serio y científico de los mismos; el primero de estos efectos se ha adelantado al segundo; pero esto sólo ha podido suceder por un momento, y el organismo social podrá curarse de los fenómenos mórbidos que lo inficionan, *conociéndolos*, como el individuo puede curarse de muchos de los fenómenos mórbidos de su espíritu, ó atenuarlos, *conociéndolos* también.
